

Mujer y perspectiva de clase

Este documento se presenta como un borrador de trabajo que pretende contribuir al debate de cómo articular la lucha por la igualdad de la mujer desde un espacio con perspectiva de clase. Las opiniones aquí vertidas están completamente abiertas al debate. El texto se centrará en primer lugar en un breve análisis sobre el aquí y el ahora de cuál es el mensaje feminista dominante. Esto no pretende en absoluto ser una crítica al feminismo, sino a un feminismo que carece por completo de perspectiva de clase, y tiene unos efectos tan negativos como el *ciudadanismo* al ocupar los espacios de la izquierda con un relato que esconde las causas reales de las desigualdades y no hace ningún cuestionamiento del capitalismo. Esta crítica es necesaria ya que si no cuestionamos un relato casi hegemónico que oculta un elemento crítico, el elemento de clase, y desliga la lucha por la igualdad de la mujer de la lucha contra el capitalismo, no podremos construir nuestro propio relato. Tras esto se presentarán algunos elementos considerados necesarios en nuestro propio análisis y propuestas.

En su libro “Mujeres, raza y clase” Angela Davis analizaba los movimientos de mujeres en Estados Unidos a lo largo de su historia, mostrando la influencia negativa que ha tenido en los mismos el sesgo racista y clasista de sus líderes. Esa influencia dentro del feminismo del liderazgo de origen burgués y pequeñoburgués y de unas capas intermedias profesionales es perfectamente visible en nuestros días. Esto determina el marco y ejes centrales de sus luchas, y le imprime unas características entre las que podemos destacar:

1. Carece de cualquier perspectiva de clase en sus análisis y no hace ningún cuestionamiento del sistema capitalista.
2. Como consecuencia de lo anterior cae con frecuencia en la demonización de grupos sociales que sufren altos niveles de explotación y marginación dentro del capitalismo, desplazando las críticas del capitalismo a los hombres de dichos grupos sociales.
3. Hace girar la lucha por la igualdad en torno a la promoción de la presencia de un mayor número de mujeres en puestos de gestión del sistema capitalista, en sus espacios políticos, económicos y culturales.
4. No pudiendo negar las enormes diferencias socioeconómicas dentro de las mujeres, integra este elemento en la lucha con una mentalidad pequeñoburguesa o “liberal” del progreso social; esa élite de mujeres que ocupen cada vez más puestos en las esferas altas o intermedias del sistema, velarán también por el bienestar y el progreso de sus hermanas menos favorecidas.

5. Ha desarrollado la idea de unos valores superiores femeninos. Esto le permite justificar que ese eje principal de sus luchas, mayor presencia de mujeres en los espacios económicos, políticos y culturales del capitalismo, es lo que determina una mejora de las condiciones de vida de las mujeres de cualquier estatus socioeconómico.
6. Incide mucho en la violencia que sufre la mujer pero solo en aquella que pueda ser catalogada únicamente como machista. Incluso la violencia estructural que el capitalismo ejerce sobre la mujer explotada, la presenta de manera que pueda ser explicada principalmente en base a cuestiones de género.

Para ilustrar esta visión feminista de raíz elitista consideremos por ejemplo el caso de Estados Unidos, país que con sus enormes medios de promoción ideológica y cultural tiene una gran influencia en determinar qué ideas se convierten en mayoritarias e incluso hegemónicas. En ese país los hombres afroamericanos se encuentran en el punto de mira de los grupos que se pretenden defensores de las mujeres. Se esgrimen continuamente argumentos como que el número de mujeres de raza negra que tiene que criar a sus hijos solas es claramente superior al de mujeres blancas en las mismas circunstancias, para justificar que el machismo es superior entre los negros. Pero analicemos brevemente las condiciones socioeconómicas de este sector de la población. La explotación del trabajo de la población negra, primero como esclavos y después como un grupo social altamente desposeído, jugó un papel muy importante en el desarrollo capitalista en Estados Unidos. La respuesta de la élite capitalista a los movimientos de liberación de la población negra que alcanzaron un tremendo auge en los años 60 del pasado siglo, fue la implantación de un sistema de encarcelación masiva. Desde los años 70 la población reclusa en este país se ha multiplicado por 7, siendo actualmente de 716 reclusos por cada 100.000 habitantes, el mayor porcentaje de población reclusa del mundo. Este sistema de encarcelación masiva afecta de manera desproporcionada a los negros, dando la escalofriante cifra de que hoy en día 1 de cada 8 reclusos del planeta es un afroamericano. De hecho el gran aumento en las cifras de mujeres de raza negra que crían a sus hijos solas se dio a partir de los años 70 y 80. La situación es cada vez peor en un sistema capitalista donde fenómenos como la deslocalización y la explotación de otros sectores sociales como la población inmigrante, hacen que ya no sea dependiente de la fuerza de trabajo de los negros, dando lugar a altísimos índices de marginalidad. Las cifras de abandono escolar de la población negra son muy altas, y según un informe de la *Brookings Institution* un 60% de los negros que abandonan la educación en época temprana estarán en prisión o muertos antes de cumplir los 35 años (1). La riqueza media de los hogares dentro de la población negra es una vigésima parte de la de los hogares de la población blanca. Como indica Glen Ford del medio

estadounidense *Black Agenda Report* refiriéndose a la población negra de su país, no se pueden crear hogares viables en medio del caos económico y la inseguridad a la que el sistema capitalista somete a millones de personas. El discurso feminista dominante se centra en los efectos, por ejemplo ausencia de los hombres negros del hogar, sin analizar las causas, lo que le permite desplazar las críticas sobre la situación que vive la gran mayoría de las mujeres negras en Estados Unidos del capitalismo a los hombres de su entorno social.

Este discurso feminista dominante que tiene su origen en mujeres de unas capas sociales altas e intermedias, tiende de manera natural no a cuestionar el capitalismo, sino por el contrario a asociar la lucha por la igualdad básicamente a su propia lucha por el éxito dentro de los espacios de éste. Un ejemplo típico lo encontramos en este estudio aparecido en El Diario sobre “techos de cristal” (2). Este tipo de información se presenta continuamente sin criterio discriminante alguno. Desde posiciones de “izquierda” se nos cuele la idea de que promover una mayor presencia de mujeres en grandes empresas que cotizan en bolsa es parte de una lucha feminista que hemos de entender progresista. Al no cuestionar los valores de la jerarquía capitalista en el mundo de la producción, se pretende plantear como avance social que también las mujeres seamos cómplices directivas de ese mundo de dominación, cuando de lo que se trata es que tanto mujeres como hombres nos neguemos a perpetuar la rueda de la explotación del capital.

Sin embargo, incluso a un feminismo tan ajeno a cualquier perspectiva de clase le resulta difícil obviar las brutales diferencias socioeconómicas dentro de las mujeres, y pretender que todas están unidas por idéntica problemática. Este feminismo prevalece en unos espacios que se consideran progresistas, y ha de mostrar por lo tanto preocupación por los desfavorecidos, las desfavorecidas en el caso del feminismo ¿Cómo sortea este escollo pudiendo erigirse en defensor de los “derechos humanos” de “todas” las mujeres? Básicamente desarrolla la idea de unos valores superiores femeninos; demos el poder, dentro del marco actual del capitalismo, a una élite de mujeres en las sociedades avanzadas y ellas con los valores superiores femeninos velarán por el bienestar de todas las mujeres, incluidas “sus hermanas en sociedades (y clases) más atrasadas”. Es esta una fórmula claramente ganadora, vende una necesidad individual (búsqueda de un espacio propio dentro del capitalismo) como virtud colectiva (llevará al avance general de las mujeres de cualquier estatus socioeconómico). Y esconde que en realidad este feminismo no es “transversal” sino solo de las clases medias y altas. Es además una forma de pensamiento que se ancla perfectamente en la tradición de pensamiento liberal pequeñoburgués; la presencia de elementos con sensibilidad social dentro

de los círculos internos del poder (capitalista) como motor del cambio social. Este feminismo solo tiene que convertir esa mayor sensibilidad social en una cualidad femenina.

Estos elementos tan útiles son promovidos por la inmensa mayoría de las organizaciones “globales”, con sede en Estados Unidos, dedicadas al “avance de la mujer” que tienen una gran influencia. Véase por ejemplo el contenido de la noticia aparecida en el diario Público sobre la fundación de la primera asociación de juezas en España (3). Poco ha de sorprendernos que ésta se constituya como una especie de sección territorial integrada en la *International Association of Women Judges*, con sede en Washington. La idea de que la promoción de las mujeres en los círculos de gestión capitalista es la clave para el avance de la mujer, a todos los niveles, y de cualquier estatus, se manifiesta de diversas formas incluso con mensajes subliminales. En la página web de la organización *Global Fund for Women* (4), que se define como una fundación sin ánimo de lucro que financia iniciativas de derechos humanos con foco en las mujeres, se definen sus tres ejes centrales de actuación ilustrado cada uno con una foto; la lucha contra la violencia, por la igualdad económica y política, y por último por la salud y derechos sexuales. Los puntos 1 y 3 se ilustran con mujeres de la India y África, respectivamente, evidentemente “del pueblo”, mientras que junto a la igualdad económica y política aparece la foto de una mujer occidental profesional.

La visión que se da de lo que hemos de considerar avances en la lucha por la igualdad de la mujer no es sustancialmente diferente en los medios de la derecha. Quién haya tenido oportunidad de examinar de manera regular el semanal del periódico ABC Mujer Hoy, habrá podido comprobar que junto a los consejos de belleza y moda, no es infrecuente encontrar entrevistas a mujeres que ocupan diversos cargos en la política, el mundo empresarial, los medios de comunicación, y que nos cuentan como es su vida en un mundo de hombres y lo importante que es traer “la visión de mujer” a esos ámbitos. Algunos podrían considerar que esto es una buena noticia, que se ha logrado que el tema de la lucha por la igualdad de la mujer sea una prioridad. Sin embargo, para nosotras debería ser un recordatorio de que el feminismo dominante ha acabado por crear consenso en torno a un concepto de la igualdad que es perfectamente compatible con el capitalismo y la explotación de clase. Algo que puede ser difundido sin problemas por medios que representan claramente los intereses de la burguesía cuando quieren pasar por “progresistas”. Cuando al feminismo se le quita el elemento de denuncia de la explotación de clase se puede acabar llegando a aberraciones tales como organizaciones xenófobas nórdicas que se definen como feministas (y defensoras de los derechos de los homosexuales y ecologistas).

Desde los ámbitos de la izquierda no se enfrenta con suficiente fuerza y rotundidad una visión alternativa a la perspectiva de la igualdad de la mujer perfectamente asumible por el capitalismo porque esa propia izquierda no lo pone en cuestión. En su intento por diferenciarse y encubrir la falta de propuestas propias en ningún tema de calado, asistamos al espectáculo de hacer mucho ruido, con la inestimable ayuda de los medios más reaccionarios, sobre asuntos absolutamente banales. La idea de presentar la cuestión de las “reinas magas” como un tema feminista de primer orden por los medios “progresistas”, con un seguidismo importante de parte del movimiento feminista, es parte de la banalización del feminismo del que hablamos. La difusión mediática de la utilización de su propio hijo para impulsar su carrera política y a su partido por parte de una mujer de la alta burguesía sin mayor problema de conciliación, en un Parlamento con guardería frente a la ausencia de ella en las empresas en las que trabajan la mayoría de las mujeres con ocupación laboral, no deja de ser parte de esa misma banalización. Carece de autoridad moral para abanderar un problema de la mujer quien no tiene ese problema ni por su estatus ni por su circunstancia específica. Ahí no hay visibilidad sino show oportunista.

Hay que reconocer que los medios de promoción ideológica del capitalismo muestran una gran flexibilidad y poder de adaptación para integrar cualquier lucha dentro de unos parámetros que sean compatibles con el propio sistema. En unas sociedades profundamente desiguales las personas pueden estar sometidas a distintos niveles de discriminación. Así la desigualdad que sufre una mujer se vería afectada por otros factores además de la cuestión de género, como por ejemplo su raza, orientación sexual, clase social, etc. La introducción de este concepto en el análisis feminista es desde luego positiva. Sin embargo, de todos estos niveles de discriminación, hay uno que una lucha feminista que ponga el foco en el mismo es muy difícil que pueda ser integrada dentro del capitalismo, la clase social. Una forma pues de darle un aire fuertemente progresista al feminismo pero manteniéndolo dentro de unos parámetros aceptables (para el capitalismo) es incidir en cualquier aspecto menos el elemento de clase.

Un ejemplo muy ilustrativo de esto lo encontramos en la información sobre que un ejemplar del libro “Todos deberíamos ser feministas” de la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie será entregado a todos los estudiantes suecos de 16 años. En apariencia no cabe un feminismo más progresista que este, le da relevancia a una feminista negra y africana y viene avalado por una sociedad tan “avanzada” como la sueca. Pero analicemos el asunto algo más en detalle, ¿quién es esta autora nigeriana? Chimamanda Ngozi Adichie es hija de un profesor de la Universidad de la Nigeria. A los 19 años marchó a Estados Unidos donde se ha formado en distintas universidades, incluidas instituciones altamente elitistas como las universidades Johns

Hopkins, Yale y Princeton. La cuestión de raza y clase social con frecuencia están fuertemente asociadas en un mundo dominado en los últimos siglos por el colonialismo, neocolonialismo e imperialismo occidentales. En el propio país de la autora una gran mayoría de las mujeres sufren el capitalismo con altos niveles de explotación y pobreza. Sin embargo, la muy “progresista y feminista” sociedad sueca pone el foco en una mujer de esa pequeña clase profesional acomodada nigeriana formada en Estados Unidos que, sin quitarle ningún mérito literario ni personal, nos va a dar una visión de la lucha por la igualdad de la mujer, desde su propia experiencia, que en poco se diferencia de la que pueda promover cualquier mujer de los círculos profesionales europea o estadounidense. Véase si no la conferencia de la autora que dio origen al libro (5).

En cuanto al tema de la violencia contra la mujer, hemos de analizar en qué marco hace el feminismo dominante esa denuncia. Al no hacer ningún cuestionamiento del sistema capitalista, toda violencia contra la mujer se presenta como exclusivamente de género, algo contra lo que se lucha por la vía administrativa y legislativa y también por vía de la educación. Muy llamativa ha sido la propuesta por parte de este feminismo que se presente a sí mismo como de izquierdas de que en el caso de violencia de género la carga de la prueba recaiga en el acusado (6). Una legislación similar se promovió en Estados Unidos durante la era Bush para los delitos considerados de terrorismo. La forma de promover la idea de que dicha legislación es necesaria es similar en ambos casos; ante un tema que evidentemente genera alarma social se pretende el absurdo de que aquellos que se oponen a la aberración jurídica de eliminar la presunción de inocencia, justifican de hecho el delito en cuestión. Se genera un clima que impide la discusión racional, ante el temor de verse acusado de justificar delitos horrendos, y que en nada ayuda a la comprensión de la situación y poder actuar de la manera más efectiva.

No debemos engañarnos, el relato que hace de la violencia contra la mujer este feminismo es tramposo. Un feminismo que presente permanentemente a las mujeres como víctimas pero únicamente del hombre nunca de la explotación y la penuria económica impuesta por el capitalismo. Que en ningún momento pone de relieve que la violencia que sufre la mujer en nuestros días no es producto simplemente de un aumento del machismo divorciado de las condiciones materiales, y que su vulnerabilidad y explotación no hará sino aumentar bajo un capitalismo en crisis aguda. Veamos por ejemplo una información aparecida en el medio de comunicación británico *The Times* (7) sobre como la situación económica en Grecia ha abocado a muchas jóvenes a la prostitución y la caída de los precios ha sido tal que algunas ofrecen sexo únicamente a cambio de comida. En su libro “El camino hambriento” el autor nigeriano Ben Okri nos presenta un relato muy distinto al que pueda hacer el feminismo acomodado de

su país. El protagonista vive en un barrio chabolista. Su madre vende, cuando puede, sus pobres mercancías en el mercado. A veces los esbirros de las mafias del mercado no la dejan desplegar sus mercancías, violencia machista simplemente, la llamarán algunas ya que los esbirros son hombres. Las simpatías del autor parecen estar con ella frente al padre, pero no deja de retratarnos la situación de éste en su justa medida. Cada mañana sale de casa sin saber si encontrará trabajo y podrá traer algo a casa. ¿Y cuando lo encuentra? Catorce horas transportando como un burro pesadas mercancías para al final recibir una paga miserable. Un círculo del que nunca podrá salir. Los nigerianos y nigerianas que viven estas circunstancias son mucho más numerosos que los que asisten a los cursos de la Universidad de Yale. Pretender que se puede luchar por la igualdad de las mujeres sin poner el foco en un capitalismo que explota, margina, vulnera vidas convirtiendo a millones de personas en sacrificables, es absurdo hasta el cinismo.

La aguda crisis que sufre un capitalismo que sacrifica capas sociales cada vez más amplias, no hará sino exacerbar la vulnerabilidad y explotación que sufren las mujeres, como pueden atestiguar tantas mujeres griegas, de tantos países acosados por la depredación imperialista, y cada vez más mujeres en los países centrales del capitalismo. Frente a ello, ese feminismo que apela fundamentalmente a una clase ella misma en decadencia, se mostrará tan ineficaz como los partidos *ciudadanistas* de supuestas nuevas políticas, con los que, aunque pretende enfrentarse con cierta frecuencia criticándoles su falta de preocupación por “las mujeres”, tiene mucho en común. Ambos están fuertemente influidos por la ideología del propio sistema, siendo la preeminencia que han alcanzado dentro de sus espacios básicamente un producto del esfuerzo del propio capitalismo por mantener cualquier lucha dentro de unos parámetros que no sean una denuncia del mismo. Así, ambos esconden las causas reales de las desigualdades, ponen un gran énfasis en la vía institucional de una estructura burguesa que en ningún momento cuestionan, y sus propuestas para aquellas que sufren las peores consecuencias del capitalismo tienen un fuerte regusto a caridad laica. Pensemos por ejemplo qué impacto podría tener sobre las mujeres en Grecia un feminismo cuya propuesta estrella sería promover una mayor presencia de mujeres en el gobierno de Syriza. ¿Hemos de creer que sin cuestionar las reglas del juego capitalista éstas tendrían más éxito en promover políticas sociales “con foco en la mujer” que ha tenido el gobierno actual en promover políticas sociales a secas? Incluso la ilegalización de la prostitución tendría un impacto más que limitado en unas condiciones de penuria generalizada y fuerte degradación económica.

Ante esta situación, es imperioso empezar a construir nuestro propio análisis que vuelva a traer a primer plano la perspectiva de clase, y que una la lucha feminista de manera indisoluble

a la lucha contra el capitalismo. En nuestro análisis debemos poner siempre de relieve la relación mujer-capital frente a un feminismo que incide únicamente en la relación mujer-hombre. En esta tarea hemos de ser conscientes que nos vamos a encontrar una enorme presión en contra y numerosos obstáculos y trampas que sortear. La ausencia de perspectiva de clase que hace tiempo se instaló en la izquierda es aún más grave en el caso de la lucha feminista, que necesitó únicamente que un feminismo de mentalidad burguesa se hiciera hegemónico.

En primer lugar no debemos caer en la tentación de organizarnos simplemente “a la defensiva” frente a un machismo que como cualquier sistema de privilegio reacciona con virulencia ante cualquier avance emancipatorio de la mujer, uniéndonos a cualquier lucha que se reclame como feminista. La relegación de la mujer a un papel secundario en la sociedad es real, e incluso el feminismo con menos perspectiva de clase se organiza frente a discriminaciones reales. No negamos que el reformismo en este tema, como en otros, ha traído avances. Sin embargo, si nuestra lucha no es la de una “clase media” y pequeña burguesía que pierde su estatus en un capitalismo en crisis, no ha de serlo tampoco en el tema de la igualdad de la mujer. Más aún en un momento de aguda crisis del capitalismo en que sus efectos sobre las mujeres de nuestra clase no harán sino agudizarse, y en los que éste se muestra cada vez más incapaz de hacer concesiones. Si como clase trabajadora consciente no nos unimos al *ciudadanismo* y somos profundamente críticos con su ocultación de las causas reales de las desigualdades, y de la mentira que supone las salidas que propone, no vamos a ser diferentes frente a un feminismo que hace lo mismo. Nuestras fuerzas son escasas, malgastarlas uniéndonos a un “reformismo” cada día más caduco que se enfrenta únicamente a los elementos más reaccionarios de la sociedad, no es de ninguna utilidad para los objetivos que perseguimos.

El *ciudadanismo* es implacable con quienes comprenden que un movimiento que aspire a un cambio radical de las relaciones de poder no puede tener miras únicamente cortoplacistas, acusándolos de no preocuparse por la gente y la emergencia social. No podemos esperar menos del feminismo de las ciudadanas. Pretenderá que al enmarcar la lucha feminista dentro de la lucha contra la explotación de clase estamos en realidad negando la discriminación de la mujer. Pretenderá que no nos importa la emergencia social de las mujeres. Ante esto nuestras posiciones han de ser firmes. Ese feminismo es básicamente el de quienes buscan su lugar dentro del capitalismo y a la emergencia social de las mujeres “desfavorecidas” le ofrece la salvación individual, aunque altamente publicitada, de la caridad laica de la ONG o fundación del sistema, o la mentira de la salida institucional sin tocar otra estructura de poder que la de

género. Frente a esto no hemos de mostrar ningún complejo quienes al problema colectivo de la mujer de clase de clase trabajadora buscamos soluciones colectivas, que pasan necesariamente por la eliminación de la explotación de clase.

Hay una presión permanente para restar importancia al elemento de clase incidiendo en que muchas problemáticas afectan a todas las mujeres. Es evidente que el éxito de esta visión hemos de buscarlo en el hecho de que es un feminismo liderado por, y dirigido a, aquellas que no sufren las peores consecuencias del capitalismo. De hecho, sus creadoras de opinión podemos encontrarlas con frecuencia en esa burguesía privilegiada, beneficiarias no víctimas del capitalismo, y con su lenguaje y propuestas a quien atrae fundamentalmente es a una pequeña burguesía y clase media profesional. Pero hemos de tener muy claro que incluso en estos aspectos “transversales” las mujeres de distintas clases se ven afectadas de manera muy distinta. Hay que tener en cuenta que incluso la discriminación de género que sufre la mujer dentro de su propia clase está influida por unas condiciones materiales que le vienen impuestas por la clase dominante. En muchos aspectos un cambio de mentalidad es importante, pero no es suficiente, hacen falta también cambios materiales en las condiciones que sufre nuestra clase. En resumen, que incluso en cuestiones que pueden estar afectando a mujeres de otras clases sociales, hemos de poner el acento en los aspectos de clase, en cómo esas cuestiones inciden en nuestra propia clase, y no dejarnos llevar por visiones ajenas que nos implican en luchas como meras comparsas plegadas a intereses ajenos.

Pero nuestro análisis de clase debe ir incluso más allá para que podamos dar la batalla con nuestra clase no contra nuestra clase. La explotación se ve facilitada por la vulnerabilidad del grupo social explotado y el capitalismo aprovecha, e incluso potencia, elementos que contribuyen a aumentar la vulnerabilidad de un grupo social determinado, como el racismo o el machismo. Respecto al trabajo denominado no productivo que es esencial en la sociedad, aprovecha una situación preexistente que relega a la mujer al ámbito del hogar y es ésta la que lleva la carga incluso cuando se incorpora al trabajo productivo. Sin embargo, hemos de entender que lo esencial es la explotación de clase, y que el capitalismo en esto es esencialmente pragmático explotando en cada momento aquello que le resulte más útil. Por ejemplo, los altos niveles de explotación pueden dirigirse a una población inmigrante que al carecer de derechos y por su situación económica es altamente vulnerable.

Una idea que se ha asentado fuertemente en el pensamiento feminista es la de que existen unos valores femeninos que son superiores a los masculinos. Como se ha indicado anteriormente esta idea le ha sido muy útil al feminismo dominante para integrar en su

discurso las diferencias socioeconómicas de las mujeres, erigiéndose en defensor de todas, pero obviando cualquier elemento de lucha de clases. Quizás esto explique por qué esta idea ha alcanzado tal preeminencia, junto con el hecho de que grupos discriminados pueden sufrir la tentación de adherirse a ideas que les resulten reconfortantes. Junto con esta idea convive también la de que el machismo es producto de la propia biología del hombre, de su genética, de sus hormonas, recurriéndose a veces a una u otra indistintamente según convenga.

Un feminismo de clase tiene que cuestionar de manera permanente estas ideas exponiendo con claridad que van en contra de sus objetivos. La idea de unos valores superiores femeninos nos lleva a creer que el fomentar la presencia de mujeres en cualquier espacio es nuestra lucha, incluso en los espacios del capitalismo desde los que se actúa de manera más clara contra nuestra clase, considerando que esa presencia tendrá un efecto positivo en cualquier caso. No es necesario incidir mucho en que la presencia de mujeres en puestos de gestión del capitalismo no modifica en lo más mínimo su curso, tenemos numerosos ejemplos para demostrarlo. No debemos confundir la reacción airada de los elementos sociales más reaccionarios, y de aquellos que sienten peligrar un privilegio, con que se haya dado un paso en la dirección adecuada y debemos apoyarlo. La idea de que el machismo es producto de la biología del hombre es directamente reaccionaria y nos lleva a considerar que la realidad no es transformable de manera sustancial. Es importante destacar que la sociedad igualitaria a la que debemos aspirar solo se puede construir con el concurso y la implicación del hombre. El transmitirles que consideramos al hombre machista *por naturaleza* impediría la implicación incluso de aquellos que estén más sensibilizados y deseosos de participar de manera activa en esta lucha. En resumen, en un momento en que los embates contra nuestra clase alcanzan gran virulencia, y que el principal esfuerzo del sistema es impedir una conciencia de clase que pondría el foco en la lucha de clase contra el capitalismo, la infiltración de estas ideas en el movimiento de clase trabajadora sería profundamente dañina. Debilitaría nuestra lucha como clase trabajadora y como mujeres de clase trabajadora. Quienes se organizan en grupos de presión femeninos, esos lobbys que nos trae el mundo anglosajón, para buscar su espacio dentro del capitalismo, pueden encontrar no muy desagradable acabar de gestoras de la desigualdad desde su propio mundo al abrigo de los peores embates del capitalismo. Nuestros objetivos no son esos.

Nos encontramos ante una situación muy difícil, mientras mayor es la virulencia del capitalismo mayores son las posibilidades de enfrentamiento entre grupos explotados. Esto se observa ya con respecto a un sector social altamente explotado, la población inmigrante, que sin embargo es percibida como que viene a quitarnos unos recursos escasos. Es decir,

mientras más necesaria es la solidaridad de clase, entre mujeres y hombres, entre población autóctona e inmigrante, etc, más difícil se hace esa solidaridad. Debemos hacer un esfuerzo para que el EEC no sea un reflejo de esa desconfianza sino por el contrario un espacio desde el que nos organicemos contra ella. Para ello, nuestra relación con nuestra clase tiene que darse desde la humildad. La clase trabajadora está sometida a la misma ideología dominante y no se puede esperar conciencia de clase o valores distintos. Sin embargo, las condiciones materiales afectan necesariamente a nuestra percepción. Por ejemplo, parece fácil convencer a la izquierda europea de las bondades de los bombardeos “humanitarios” mientras que aquellas poblaciones que los sufren serán más escépticas respecto a dichas bondades, por mucho que ambos estén sometidos a la misma propaganda. Escuchar a nuestra clase debe ser pues una prioridad.

En lo que se refiere específicamente a la relación con las mujeres de nuestra clase, incluyendo un acercamiento si fuera posible a las mujeres inmigrantes, de nuevo el feminismo dominante nos va a servir de poco. Hay algo ridículo en ver a mujeres como mínimo de capas intermedias profesionales sin experiencia alguna en la lucha por la subsistencia en las condiciones más precarias, llegar no a escuchar sino a dar lecciones. En relación a la población inmigrante la situación puede ser aún peor. Si hay un ámbito en el que el feminismo dominante muestra claramente las miserias eurocéntricas, clasistas y racistas de su mentalidad pequeñoburguesa, es en su relación con el mundo no occidental. Aquí de nuevo habremos de construir nuestros propios puentes.

Se ha mencionado la propuesta de organizar un Espacio de Encuentro Feminista. Sería deseable que quienes hacen esta propuesta la dotaran de contenido para que la pudiéramos valorar. Por ejemplo, es importante indicar bajo qué premisas se propone la organización de dicho espacio, qué temas y/u objetivos se proponen inicialmente, y a quién estaría abierto. En estos momentos cualquier espacio que se intente organizar como de clase trabajadora en torno a su conciencia de clase encuentra enormes dificultades. La izquierda ha completado su carácter “sistémico” en todos los sentidos. Se encuentra plenamente integrada en el sistema capitalista y no posee ninguna propuesta propia o alternativa al mismo, básicamente anda empeñada en “humanizarlo” en unos momentos en que éste no le puede dejar más claro que no está para humanismos. Esa izquierda, no solo renuncia organizarse en torno a la clase trabajadora sino que participa activamente en promover la idea que la organización de clase no es necesaria, que es de hecho sectaria. El discurso feminista dominante anda en esa misma órbita de ocultar las causas reales de las desigualdades, e insertarse confortablemente en el capitalismo desacreditando luchas muy necesarias contra éste. Nuestra soledad es grande

pero nuestra tarea necesaria. En estas condiciones es difícil entender cuáles serían los beneficios tanto para nuestra lucha como clase trabajadora como por la igualdad de la mujer desde una perspectiva de clase, de una separación de esta última con la creación de un espacio propio.

Para terminar unas palabras del revolucionario feminista Thomas Sankara, que fuera presidente de Burkina Faso, asesinado en 1987:

“La revolución y la liberación de las mujeres van juntas. No hablamos de la emancipación de la mujer como un acto de caridad o por un arrebató de compasión humana. Es una necesidad básica para que la revolución triunfe.”

La mujer de clase trabajadora por el lugar que ocupa dentro del sistema de explotación capitalista, como bien entendió Thomas Sankara, está llamada a jugar un papel crítico en la revolución. Pero para ello es imprescindible que realicemos un enorme esfuerzo para entender el mundo, analizándolo siempre desde la perspectiva de nuestra clase, para identificar en todo momento las lealtades correctas y las alianzas adecuadas.

Referencias:

- (1) http://www.blackagenda.com/black_families_crush_by_prison_and_death
- (2) http://www.eldiario.es/zonacritica/Techos-Cristal-Espana_6_463413688.html
- (3) <http://www.publico.es/sociedad/gloria-poyatos-educacion-prevencion-vacuna.html>
- (4) <http://www.globalfundforwomen.org/>
- (5) <https://vialogue.wordpress.com/2013/12/30/ted-we-should-all-be-feminists-chimamanda-ngozi-adichie-at-tedxouston-transcript/>
- (6) <http://unidadpopular.es/wp-content/uploads/2015/12/ProgramaFinalUP2015.pdf>
- (7) <http://www.thetimes.co.uk/tto/news/world/europe/article4624755.ece>